



Juan Manuel Barrios Rozúa

Estragos del desarrollismo

Suma y sigue



patrimonio

Continuidad del desarrollismo

Entre las gentes mínimamente interesadas por el patrimonio histórico, pocos periodos hay que susciten una repulsa tan unánime como el que conocemos bajo el epígrafe de "desarrollismo". Todos estaríamos de acuerdo en situar el inicio de esta etapa en los años sesenta, momento a partir del cual muchas ciudades y pueblos inician un rápido crecimiento demográfico y económico que se traduce en una rápida metamorfosis de los núcleos urbanos. Los terribles estragos en el paisaje y el patrimonio histórico se sucederán con tal velocidad que en unos pocos lustros puede hablarse de un antes y un después.

La transición de la dictadura a la monarquía parlamentaria no se consumará en los ayuntamientos hasta la elección democrática de los consistorios en 1979. La mayoría de los alcaldes tomará posesión de sus asientos entre contundentes declaraciones contra el desarrollismo y promesas de que con ellos se abría una nueva era. Así debe creerlo hoy la gente cuando habla del desarrollismo como un periodo del pasado que murió con la propia dictadura. Pero, ¿debemos aceptar tal acta de defunción? No es este breve artículo, desde luego, el lugar donde abordar en profundidad esta cuestión, pero sí voy a hacer unas consideraciones al hilo de algunos desgraciados hechos acaecidos en los últimos meses.

Una de las características más acusadas del desarrollismo urbano es la avidez con la que devora el entorno de las ciudades. En España, hasta mediados del siglo XX, la gran mayoría de las ciudades permanecieron constreñidas dentro de sus límites históricos y sólo algún hospital, cuartel o barrio de casas baratas escapó a estos límites para incorporar nuevo terreno a la ciudad. Con el desarrollismo las ciudades inician una expansión desenfrenada y caótica en la que no se respetan ni las tierras fértiles de cultivo, ni los entornos históricos de los monasterios, ni

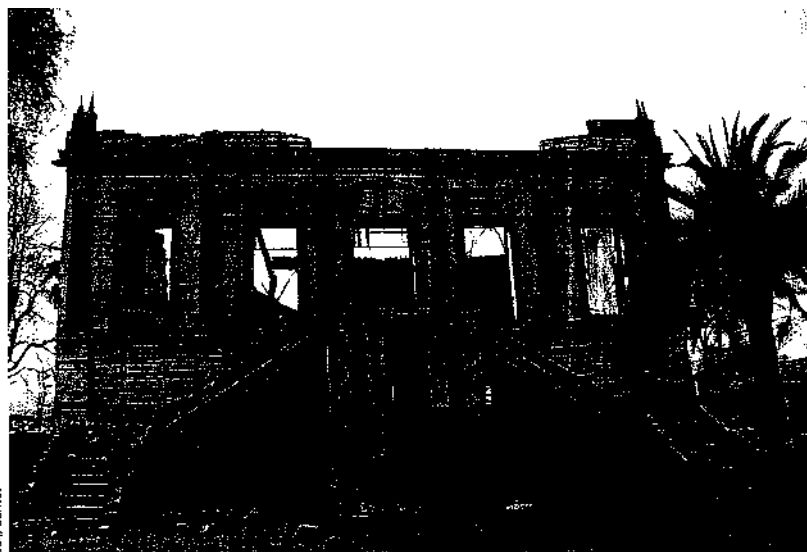
los parajes pintorescos, ni las perspectivas paisajísticas de la ciudad; todo es urbanizable y las recalificaciones de terrenos enriquecen a especuladores, constructores y munícipes de manga ancha.

¿Dejó de ocurrir esto tras el final de la dictadura? La respuesta es evidentemente no. En Granada, la Vega no ha dejado de ser invadida y en la actualidad asistimos a un nuevo asalto que, bajo el pretexto de construir un "Campo de Salud", ha derivado en una operación especulativa que dará como resultado muchos y costosos bloques de viviendas y pocos centros sanitarios.

Si nos vamos a Almuñécar, una localidad que había escapado al desarrollismo de los sesenta y setenta, podemos comprobar como bajo los consistorios democráticos el paisaje ha sido aplastado por multitud de grandes edificios e hilares de casas adosadas; en estos precisos momentos, los pocos espacios que quedaban sin construir están siendo colmatados con inmuebles a los que se ha concedido una generosa edificabilidad bajo el argumento de que serán hoteles, y "traerán un turismo de calidad y crearán muchos puestos de trabajo". La realidad, sin embargo, será muy diferente. Ya a finales de los años ochenta se autorizó a Ávila Rojas la construcción de un gran hotel en Velilla que superaba en varias plantas a los edificios situados a sus lados y cegaba la perspectiva de un valle. Ninguna empresa hostelera se interesó por el edificio, que debía incluir un flamante palacio de congresos. Tras varios años en que la enorme estructura estuvo abandonada, las autoridades públicas aceptaron la reconversión en viviendas sin obligar a reducir ni un centímetro la altura del bloque. Ni siquiera se le obligó a demoler la estructura del palacio de congresos, que ha quedado como un vergonzante rincón. La misma historia se repetirá con la mayoría de los cuatro hoteles que se están construyendo actualmente en Almuñécar, pues esta ciudad está ya irremediadamente abocada al turismo familiar y no ofrece atractivos para un turismo de más poder adquisitivo como el que acude a los hoteles. De hecho, el mayor hotel de la localidad estuvo a punto de quebrar hace una década y su supervivencia debe demasiado a los jubilados que acuden en invierno. Las empresas que construyen en Almuñécar saben que el negocio hostelero es muy dudoso en la zona, pero también son conscientes de que unas autoridades "flexibles" les permitirán en el futuro reconversiones si el negocio va mal... y desde luego que nunca habrían conseguido los volúmenes de edificabilidad que tienen si hubieran previsto desde el principio apartamentos.

Incluso en Sierra Nevada la dinámica bajo la democracia ha sido la de un brutal desarrollismo que ha dado lugar a una de las estaciones de esquí más densamente edificadas del mundo. Curiosamente, la estación de Pradollano es una aberración ecológica desarrollada con dinero público y que daría en quiebra si no fuera por éste. Para colmo, nuestros inefables munícipes vuelven a la carga con la zanaforia de las Olimpiadas Blancas asegurándonos que no serían necesarias nuevas infraestructuras y que el Parque Nacional no sufriría por ello, mientras que los responsables de

«En unos pocos lustros puede hablarse de un antes y un después.»



Ruinas de villa Felisa en 1993

J.M. Barrios

CETURSA manifiestan su deseo de abrir nuevas pistas o ampliar la carretera de acceso, haya o no haya Olimpiadas.

Otra de las características más lamentadas del urbanismo y la arquitectura de los años sesenta y setenta era la facilidad con la que a los particulares se les permitía el derribo de edificios históricos y la construcción en sus solar de grandes bloques de viviendas. Aquí ciertamente la legislación sobre patrimonio histórico y la elaboración de catálogos de edificios protegidos supusieron un paso importante, aunque con importantes limitaciones. Hay, por ejemplo, localidades como Baza a las que estos progresos no parecen haber llegado, y la ruina y desaparición de edificios históricos han sido el pan de cada día en los últimos veinte años, mientras la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía y el Ayuntamiento continúan mostrándose impasibles.



El palacete de la calle Alhamar días antes de su derribo

rado, porque la mayor parte de los vanos habían sido cegados, aunque una buena restauración habría permitido recuperar en buena medida su antigua fisonomía. Es también indudable que pervivían en la casa algunas dependencias de interés camufladas bajo tabiques, enlucidos y cielos rasos. Sin embargo, todo fue derribado con una pala excavadora sin proceder al estudio del inmueble. Las columnas de piedra de Elvira quedaron arrumbadas en el solar hasta que desaparecieron, da igual si robadas o vendidas por la propia empresa constructora, porque su seguro destino habrá sido algún lujoso chalé.

El último y más sonado derribo ha sido el de un palacete de la calle Alhamar, en realidad dos viviendas unifamiliares trazadas en 1930 por el arquitecto José Quesada. Constituía el edificio un elegante ejemplar de la arquitectura historicista de los tiempos de las exposiciones internacionales de Barcelona y Sevilla, con un bello jardín a su alrededor. Sorprende el "olvido" por el que no se

Últimos derribos de edificios históricos

En Granada la situación no es tan dramática, pero no por ello deja de ser preocupante. Según el avance del Plan Centro en la ciudad histórica, un 40 % de las viviendas están desocupadas, muchas de ellas en un avanzado estado de deterioro. Esto se debe en buena parte a que numerosos propietarios buscan intencionadamente la ruina de sus inmuebles para edificar con más comodidad y un mayor volumen... y lo peor es que lo consiguen, como demuestran algunos casos recientes.

A principios de 1999, cuando todavía no se había producido el cambio de equipo municipal, fue derribado por iniciativa del concejal de urbanismo lo que quedaba de villa Felisa, un palacete con cien años de antigüedad que había sido famoso por sus jardines y vistas. El inmueble constituía un curioso ejemplar de arquitectura ecléctica, con una monumental escalera de acceso al interior; había sido residencia burguesa hasta que por herencia pasó a los escolapios, que durante muchos años lo utilizaron con fines docentes y para convivencias religiosas. Parece que en los años ochenta este edificio fue víctima de un incendio intencionado que redujo sus magníficos salones a escombros, aunque las fachadas aguantaron bien. Luego vino la edificación del entorno, con la desaparición de lo que quedaba de los jardines, que antaño gozaron de unas impresionantes vistas a Sierra Nevada, la Vega y la ciudad. A pesar de todos los destrozos, las fachadas se conservaban en buen estado y el interior podría haber sido reconstruido con cualquier finalidad, bien pública, bien apartamentos privados. El esfuerzo merecía la pena porque en el moderno barrio de la Bola de Oro era el único edificio antiguo que había, y constituía un hito de belleza entre los bloques de viviendas recientemente edificados, cómodos aunque en su mayoría vulgares.

Ya a finales de 1999 y cuando con insistencia se hablaba de las virtudes del plan de rehabilitación de la calle Elvira, se derribó en una de sus bocacalles una interesante casa solariega, la número 1 de la calle Loarte, de la cual sólo se ha respetado la fachada. La mayor parte de la manzana en la que se insertaba el edificio ha desaparecido también para dejar paso a pisos modernos. La casa solariega tenía un patio que constaba de dos cuerpos de alzada, el primero con columnas toscanas de mármol de Elvira sobre el que apeaban zapatas y vigas de madera, y el segundo con pies derechos con zapatas góticas. El patio estaba muy desfigu-

catalogó este edificio, que ciertamente no era una obra arquitectónica excepcional, pero sí el inmueble más interesante de una calle, hoy saturada y anodina, que en otros tiempos fue eje de un barrio surgido como ciudad-jardín, con palacetes, casas de poca altura y vegetación en todas las aceras.

La celeridad con la que se realizó la demolición de la casa de la calle Alhamar y el destino del solar, un bloque de seis plantas, expresan a las claras que eso que llamamos desarrollismo no es un fenómeno de otros tiempos, sino una realidad viva. Es más, en los últimos años, y en consonancia con los vientos neoliberales que soplan, asistimos a una tendencia a flexibilizar el mercado inmobiliario, o sea, a renunciar al intervencionismo público, encargado de velar por los intereses de la colectividad, para dar facilidades a los intereses privados bajo la coartada de que hay que abaratar el suelo, lo que sabemos por experiencia no está ocurriendo, pues, antes al contrario, el precio no deja de subir animado por la afluencia de dinero negro, las optimistas expectativas económicas y la falta de viviendas de protección oficial.

En fin, el concepto de ciudad que animaba la gestión de los últimos alcaldes franquistas revive cada vez que el Ayuntamiento se muestra diligente con operaciones especulativas, o siempre que un concejal nos explica lacónico que un disparate urbanístico contaba con todos los permisos legales.

«Eso que

llamamos

desarrollismo no

es un fenómeno

de otros tiempos,

sino una

realidad viva.»



Patio de la casa nº 1 de la calle Loarte

Foto Archivo del Colegio de Arquitectos